

HARO TEGLEN

«Nixon ha sido el más listo. Se ha llevado unos votos que eran de su enemigo Rockefeller; se los ha llevado ofreciendo a quien los manejaba, el gobernador de Maryland, la vicepresidencia. Y ha pagado al contado». La unidad del partido republicano se ha rehecho detrás de Nixon, que ha sido elegido candidato no por mayoría, sino por unanimidad.



EL NUEVO NIXON TIENE PIEL DE CORDERO

El partido demócrata de los Estados Unidos ha tenido su primer éxito electoral importante al ser nombrado Nixon candidato por el partido republicano. Es su mejor enemigo. El hombre a quien, con un poco de habilidad, con una buena dosis de sentido común y con unos cuantos movimientos acertados pueden no sólo vencer, sino hundir. Nada indica, sin embargo, que habilidad, sentido común y acierto sean hoy dotes del partido demócrata; un partido que para tener posibilidades de ganar las elecciones ha tenido que retirar a su propio Presidente en ejercicio y se ha visto asesinar al candidato más adecuado.

La convención republicana de Miami es un modelo en su género. Entre las figuras carnavalescas, las charangas, los globos y las «majorette» de largas, bonitas, elásticas piernas, en un clima conservador —la ciudad del reposo de los millonarios, la ciudad de los exiliados cubanos a la vista de las costas de la Isla perdida— alterado por disturbios en el barrio negro, se han tejido todas las maniobras típicas. Maniobras de los enemigos de Nixon para detener su avance inexorable, maniobras de Nixon para asegurarlo. Nixon ha sido el más listo. Se ha llevado unos votos que eran de su enemigo Rockefeller; se los ha llevado ofreciendo a quien los manejaba, el gobernador de Maryland, la vicepresidencia. Y ha pagado al contado. Los Estados Unidos han descubierto con cierto estupor que en el «ticket» de Nixon aparece como vicepresidente este Agnew que no pasa de ser un desconocido, y luego le han escuchado en la televisión balbucir unas cuantas normas de tipo conservador. No es preciso escandalizarse por este juego. Es tradicional. Johnson resultó así compañero de «ticket» de Kennedy, compañero desdeñado, despreciado, pero coyunturalmente útil; después de todo, una vicepresidencia se puede dar a cualquiera, teniendo en cuenta que es el cargo más oscuro y menos ejecutivo del país. A condición de que el vicepresidente no se convierta de pronto en Presidente, y resulte Johnson, o resulte Truman. Quizá el mundo tenga que saber un día quien es Agnew, y para qué sirve. Es por ahora poco probable. Es, dicen, poco probable que Nixon llegue a ser Presidente de los Estados Unidos.

Se trata de otra tradición, según sostiene John Kenneth Galbraith: los republicanos, dicen, tienen un innegable talento para elegir siempre al candidato que tiene más posibilidades de perder. Nixon fue ese hombre ante Kennedy en 1960 y cumplió su destino; Goldwater lo fue en 1964 frente a Johnson, y pereció. Goldwater, que ha aparecido ahora en Miami pilotando su avión particular —es general de aviación en la reserva— y que ha recibido grandes ovaciones de la convención republicana, con lo cual han contribuido notablemente a confundir ésta con el más prehistórico conservadurismo. No hubiese sido necesario. El nombre de Nixon, gastado, roto por las contiendas de la guerra fría, hundido en tantas elecciones perdidas, se hubiese bastado por sí solo. En fin, sobre todo este conjunto de Miami, como una ironía, flota la consigna que los republicanos se han dado para esta ocasión: «Nuevo pensamiento, nueva acción».

Nixon ha saltado alegremente sobre esta cama elástica de la novedad de pensamiento y de acción para hacer sus primeras promesas políticas. Saltos en el vacío. Nixon va a hacer, si puede, dos grandes piruetas antes de las elecciones: un viaje a París, un viaje a Moscú. Se trata de una excelente jugada política. Son dos países prohibidos para Johnson. De París se le rechaza por de Gaulle; en Moscú retrasan su invitación hasta que se produzca una serie de acuerdos previos sobre el Vietnam. Quizá Moscú quiera ahora invitarle para contrarrestar el esfuerzo de Nixon, para ayudar a los demócratas a quitar de en medio a Nixon. El cuál va a hacer esos viajes, dice, «con la mano tendida». Va a extenderla aún más lejos: quiere llevar su mano hasta Pekín, ofrecérsela a los chinos. «Hay que negociar con los comunistas», explica. Y hay que llegar a una paz honorable en el Vietnam. Dice de esta política que «no es un nuevo aislacionismo, sino un nuevo internacionalismo». La palabra «nuevo» viene con demasiada frecuencia a estos labios cansados de tantos temas viejos. La nueva piel de cordero se extiende sobre el viejo lobo. La pata negra asoma por debajo. Nixon, en suma, está robando los temas pacifistas, coexistentes, dialogantes o apaciguadores a los demócratas. Hace bien. ¿Por qué han de ser sólo los demócratas los que mantengan una contradicción entre palabras y hechos, por qué han de ser los republicanos los que estén obligados a sostenerse sobre sus viejos lemas guerreros? Si la confusión es

mutua, si la contradicción es mutua, se entenderán mejor las bases convencionales del juego y dejará de haber confusión y contradicción. El primer paso de Nixon es hábil.

¿Cuáles son, ahora, sus posibilidades de ser Presidente? La mayor parte de los augures se las niegan. Estos augurios pueden ser una temeridad. Es muy probable, si no hay una reacción de aquí a fin de mes, que la convención demócrata de Chicago nombre candidato a Humphrey. ¡Humphrey! He aquí otro oscuro vicepresidente, de carrera y política contradictorias, elevado de repente. Humphrey, que es vicepresidente de Johnson, el cual fue vicepresidente de Kennedy, frente a Nixon, que fue vicepresidente de Eisenhower. No hay sospechas de que vaya «la imaginación al poder». A la grandeza por el escalafón. Una opción de mediocridad. Nixon frente a Humphrey: algo como para provocar la esquizofrenia en un elector de buena fe. Los segundones asclenden, la paz está en malas manos, y la degeneración política de la democracia americana se confirma.

Rockefeller y Lindsay, los hombres que ofrecían alguna posibilidad de renovación al partido republicano, han quedado fuera de juego con una rapidez sorprendente en la convención. En la primera votación, un caso con pocos precedentes, Rockefeller ha quedado vencido. De Lindsay no se ha llegado a hablar: estaba en la reserva, como «outsider», esperando que quizá un «match» nulo le permitiese emerger. Puede ser este el destino de McCarthy en la convención demócrata de Chicago. Es demasiado innovador, demasiado intelectual, demasiado radical como para gustar a las viejas conciencias agrarias que tanto pesan en el partido demócrata. Es demasiado nuevo, en el sentido de que ha llegado demasiado pronto y demasiado deprisa a su acción política. Le apoyan los estudiantes, que han sustituido con su trabajo personal la falta de dinero de McCarthy para llevar adelante su campaña: esto es suficiente como para hacerle sospechoso. El único candidato demócrata que hubiese podido ofrecer una opción distinta frente a Nixon y dentro del partido hubiera sido el segundo Kennedy; sin duda oportunista, sin duda ambicioso, sin duda coyuntural: esto es, político. Es probablemente ahora, y mejor aún a fin de mes cuando los demócratas hayan decidido definitivamente entre McCarthy y Humphrey, cuando se puede medir todo el peso de la muerte de Kennedy, toda su significación, todo su alcance. Deja al país en la opción entre dos mediocres, entre dos políticos manejables por los grupos de presión, que consideran la Casa Blanca como un fin de carrera, como un fin en sí mismo, en lugar de como un medio para dirigir un país que quiere dirigir el mundo.

Si se enfrenta con Humphrey, Nixon puede tener más posibilidades de triunfar de las que generalmente le atribuyen sobre todo si consigue dar credibilidad a su programa de «amistad para todos» y de lo que en sus primeras palabras significa un cierto abandono de la ansiedad de la política global. A fin de cuentas es una promesa, aunque merezca toda clase de dudas a la hora de ser realizada. De los demócratas en el poder, de la política demócrata hasta ahora, aprobada y sostenida por Humphrey, ya se sabe lo que es y dónde ha llegado. A menos de que de aquí al 5 de noviembre el partido demócrata en el poder consiga recuperar la confianza mediante una serie de actos visibles y ponderables, como puede ser la paz en el Vietnam y otros actos de reducción de la tensión. Pero no hay que obnubilarse por la importancia actual de la política internacional. A la hora de votar, aún pesan mucho en el país los votos negros y los de otras minorías raciales, las reformas sociales, los intereses de las clases sociales menos privilegiadas, la situación universitaria, la angustia intelectual: y todo ello actúa en la dirección contraria a Nixon, aunque no vaya necesariamente en la misma de Humphrey.

[Reportaje gráfico en páginas 46 a 50.]

«Los Estados Unidos han descubierto, con cierto estupor, que en el «ticket» de Nixon aparece como vicepresidente este Agnew que no pasa de ser un desconocido».



RHODESIA

Ian Smith pide más ayuda a Vorster

La condena a muerte, el viernes 9 de agosto, de 32 negros en Rhodesia, acusados de uso de armas prohibidas, pone de manifiesto el crecimiento de la actividad guerrillera contra el régimen de independencia unilateral de Ian Smith; la urgente visita del propio Ian Smith a la capital de África del Sur, acompañado de Lardner Burke, ministro de Ley y Orden, y de Lord Graham, ministro de Defensa y Asuntos Exteriores, indica que las guerrillas negras actúan simultáneamente en los dos países de igual sistema —minorías blancas dominando y explotando mayorías negras—. El juicio contra los treinta y dos africanos, celebrado el día 9, estaba anunciado para el 22 de julio, pero hubo de suspenderse porque no se podían movilizar las fuerzas de seguridad necesarias para proteger el tribunal: todas las fuerzas disponibles estaban comprometidas en operaciones antiguerrilleras. Se dice, de fuente inglesa, que Ian Smith ha pedido ayuda al primer ministro sudafricano Vorster. Hay ya unos 300 sudafricanos blancos combatiendo al lado de las fuerzas de Ian Smith, pero se supone que esta cifra, oficialmente admitida, está muy superada por la realidad, y que los sudafricanos enviados por Vorster son unos 1.700. Lo que pide Smith ahora son helicópteros y vehículos blindados. Las fuerzas que puede movilizar el régimen blanco de Rhodesia se calculan en un máximo de 13.000, pero la mayor parte son reservistas que deberían abandonar familias y puestos importantes de trabajo —importante para ellos y para la economía del país— para iniciar la lucha en la selva. ¿Cuántas son las fuerzas de los guerrilleros? Es difícil de calcular. Oficialmente se entiende que no pasan de unos seiscientos hom-

bres —cifras que, según la tesis americana de proporción diez contra uno para que un ejército regular pueda vencer a grupos guerrilleros, requerirían ya seis mil hombres movilizables y equipados—, pero se supone que las infiltraciones desde Zambia y desde Tanzania pueden haber elevado ya el número de guerrilleros, en Rhodesia y África del Sur, a unos seis mil hombres bien armados, equipados e instruidos. En la propia Rhodesia hay campamentos de instrucción, que se suponen situados en Mashonaland y en Matabeland, y el descubrimiento de algunos silos de armas en la selva hace suponer que hay un gran número de armas ocultas en el país para provocar, en un momento dado, una insurrección masiva de la población negra. Smith mantiene que la mayoría negra del país está satisfecha con su régimen y no pretende la insurrección; los jefes de las guerrillas, en cambio, sostienen que reciben continua ayuda de los campesinos y que deben hacer un esfuerzo para convencerlos de que no se sumen aún a las guerrillas, por el temor de que su exceso en número y su falta de preparación entorpezca la acción de los grupos militantes. Ciertos elementos de la situación clásica de la lucha contra las guerrillas se están produciendo: el bombardeo de algunas zonas de la selva, especialmente en las fronteras; las expediciones militares en busca de guerrilleros y los interrogatorios de la policía en las aldeas; convierten en enemigos del régimen a los que hasta el momento eran indiferentes. El gobierno teme que la estación de las lluvias, ya próxima, sirva para una gran ofensiva guerrillera en condiciones que haría imposible el uso de la aviación, de los helicópteros y de los vehículos a motor.